

Tragedia espiritual y científica de Alfred Loisy

(1857 - 1940)

Ramón Scheifler

“Oh, Dios mío, dadme veinte años de salud, de paciencia, de trabajo, con este espíritu de discreción, de sinceridad y de humildad que permite a la ciencia cristiana, sin peligro para el sabio, darse a conocer para la edificación de la Iglesia y confusión de sus enemigos”.⁽¹⁾

Alfred Loisy es, al transcribir en su diario esta oración, un joven sacerdote que aspira a la licenciatura en teología. Es el 8 de Marzo de 1882.

No han pasado diez años, y no queda ni un rastrojo de sus sentimientos, como si el desierto con su arena ardiente le hubiera invadido el alma; ya “no aceptaba a la letra, escribía, ningún artículo del símbolo católico si no es que Jesucristo “fué crucificado bajo el poder de Poncio Pilato”.⁽²⁾

El drama religioso-científico encerrado en estos cortos años, llena de interés la monotonía de una larga vida consagrada al estudio.

Hacia el sacerdocio.

El 28 de Febrero de 1857 es un día vulgar en Ambrières (Marne). Pocos se enteran que a los Loisy, labradores acomodados, les ha nacido otro hijo, Alfred-Firmin.⁽³⁾ Sin cumplir los cinco años acude el niño a la escuela del pueblo, para ingresar después (1869) en el colegio municipal de Vitry, donde la rapidez de su inteligencia le permite alcanzar, en cursos intensivos de estudios clásicos, a los compañeros de su edad. Trasladado (1872) al colegio eclesiástico de Saint Dizier, logra, con el mismo método, coronar la retórica en 1873. Tiene 16 años.

(1) Alfred LOISY, *Mémoires pour servir à l'histoire religieuse de notre temps*, I, 103.

(2) *Mémoires*, I, 363.

(3) *Mémoires*, I, 13-17.

El futuro octogenario es todavía el "petit Loisy", como con cierto desdén le llaman los compañeros, desgarrado y enfermizo. "No tuve jamás lo que se llama un buen estómago", escribirá después con pena.⁽⁴⁾ Su timidez natural, aliada con su poca voz⁽⁵⁾ y absoluta ineptitud para el juego;⁽⁶⁾ el verse, muchacho pueblerino, entre condiscípulos de menor edad, y aun el éxito en los estudios y estima de los profesores,⁽⁷⁾ no eran cualidades para hacer de él el ídolo de los regocijos estudiantiles. Al contrario, todas las fuerzas de su espíritu se reconcentran y se encastillan explicando su futuro celo de libertad ante toda clase de tutelajes⁽⁸⁾ y la exagerada firmeza de su autosuficiencia.⁽⁹⁾ No es, sin embargo, demasiado antipático. El juicio de su profesor: "carácter dulce y generalmente dócil; pero un poco débil y falto de iniciativa", no necesita, según el mismo Loisy, más que dos precisiones: dulzura, turbada frecuentemente por exceso de nervios y debilidad, sólo cuando se trata de ceder en cosas sin importancia.⁽¹⁰⁾

Religiosamente no parece predestinado a la santidad ni a la herejía. En su casa un frío y severo catolicismo se aferra a las tradiciones religiosas.⁽¹¹⁾ Tampoco el párroco atosiga al niño con excesivas prácticas piadosas, ni fantásticas explicaciones catequéticas. "Mi educación en el seno de mi familia había sido buena, sin ser precisamente piadosa".⁽¹²⁾

Por entonces su afán es ser un fornido labrador. Sólo su mala salud le hará dar con su verdadera vocación.⁽¹³⁾ "Me parece que mi vocación es la de doctor", dirá más tarde.⁽¹⁴⁾ En un retiro colegial, las palabras del P. Stumpf, S. J. le causan un bullir extraño en su alma. Tan extraño que, cincuenta años más tarde, probablemente no lo reconoce ni el mismo Loisy: "La idea de consagrarme a un servicio desinteresado de la humanidad me seducía".⁽¹⁵⁾ Esta versión del origen de su llamamiento al sacerdocio, parece confirmar el recelo sobre la objetividad de sus *Memorias* por el peligro de proyectar inconscientemente en épocas remotas sentimientos posteriores.⁽¹⁶⁾ Resulta demasiado extraño que un joven sienta prendido su corazón de algo tan abstracto como la *humanidad*, que será precisamente el objeto de la religión naturalista del septuagenario Loisy al escribir las *Memorias*.

Aquel muchacho de diecisiete años va decidido a ser sacerdote al servicio de la Iglesia cuando en Octubre de 1874 se cierra tras él la puerta del seminario de Chalons.

(4) *Mémoires*, I, 17.

(5) *Mémoires*, I, 18.

(6) *Mémoires*, I, 28.

(7) *Mémoires*, I, 28.

(8) LAGRANGE, M. *Loisy et le modernisme*, pgs. 15, 16, 23. LEVIE, *Sous les yeux de l'incroyant*, p. 197.

(9) *Choses passées*, 45; *Mémoires*, I, 364. LEVIE, o.c., p. 197 y ss.

(10) *Mémoires*, I, 27.

(11) *Mémoires*, I, 13-14.

(12) *Mémoires*, I, 20.

(13) *Mémoires*, I, 25.

(14) *Mémoires*, I, 134.

(15) *Mémoires*, I, 24.

(16) Esta observación hecha ya por el P. de Grandmaison sobre la obra similar *Choses passées*, desmentida por Loisy (*Mémoires*, I, 154) parece confirmada en éste y otros casos, sobre todo por las contradicciones con sus mismos escritos y los testimonios de quienes le conocieron. Cfr. J. BONSIRVEN, *Loisy*, Dictionnaire de la Bible, supplément, Fascicule XXVI, c. 530.

Un curso de filosofía y tres de teología concluyen con el diaconado (30 de Junio 1878). Un par de meses en el Instituto católico de París; y la fatiga y el disgusto hacen volver al seminarista que toca la meta del sacerdocio en Chalons el 29 de Junio de 1879. Tiene solamente 22 años.

Los cinco años de seminario han amontonado una formación precipitada e imperfecta por los textos y profesorado. ⁽¹⁷⁾ Aunque el problema filosófico no le turba, le desorienta la remoción de Ludot de la cátedra de filosofía, por sus ideas liberales. El joven seminarista siente simpatía hacia este profesor y se la manifestará llamándole para la oración sagrada del día de su Primera Misa. ⁽¹⁸⁾ La teología no es más feliz. La neoescolástica de Liberatore, Tongiorgi y Klentgen se le cae de las manos. Puesto delante de la Suma de Sto. Tomás, sin profesor que le oriente, siente el choque de su espíritu intuitivo "con la valentía de las construcciones lógicas del Angel de las escuelas en las que no acertaba, dice, a descubrir un fundamento real... Dejo en libertad a los teólogos ortodoxos, añade cáusticamente, para pensar que tales autores eran demasiado fuertes para mí". ⁽¹⁹⁾ Con la teología simultánea, en privado, el estudio de las lenguas, por lo menos del hebreo, y con mejor éxito.

Espiritualmente son también decisivos estos años para el devoto seminarista. Devoción tal vez demasiado afectiva, melancólica y aún morbosa, no exenta de ciertos ensayos místicos entre cantos y solemnidades litúrgicas que le subyugan. ⁽²⁰⁾ Ansioso de oración y de mayor espiritualidad, la vida ordinaria de los seminaristas se le presenta "por debajo de su sublime vocación" ⁽²¹⁾ y, sugestionable en extremo, tiene la seguridad de haber oído una voz que le llama a la orden de Sto. Domingo. ⁽²²⁾

Si hemos de creer a sus *Mémoires* y a *Choses passées*, ya en el primer año de teología ha comenzado el incendio que, atormentando su alma, acabaría por abrasar todas sus creencias religiosas. ⁽²³⁾ El choque más ruidoso de estas corrientes tiene lugar en un concurso de Historia Eclesiástica sobre temas de actualidad: Lamennais y su escuela, liberalismo católico y Concilio Vaticano. "La inexperiencia de mi espíritu, confiesa, mi completa ignorancia del mundo de la historia, hicieron que no penetrara el profundo sentido de estas cosas que, sin embargo, me desconcertaban". ⁽²⁴⁾

Lo más saliente que conocemos de la supuesta crisis, es el recuerdo muy posterior que el mismo Loisy nos transmite de su atormentada vigilia, la víspera de su promoción al subdiaconado: "yo creía, yo quería creer que la religión católica era la verdad absoluta... Tendido sobre mi lecho,

(17) Con Ludot tiene como texto la filosofía de Manier alabada por Renán en *Souvenirs de jeunesse*, "circunstancia no insignificante para la formación de mi espíritu..." *Mémoires*, I, 48.

(18) *Mémoires*, I, 79.

(19) *Mémoires*, I, 50-51.

(20) "Conservo todavía en mi memoria (han pasado 56 años) el sentimiento de celeste melancolía que me causó el himno Placare, Christe, servulis..." (*Mémoires* I, 40).

(21) *Mémoires*, I, 41. LEVIE asegura sin citar la fuente, que los superiores retrasaron las órdenes menores a Loisy, lo que demuestra que ya entonces no estaban plenamente satisfechos de él. (o. c., p. 192).

(22) *Mémoires*, I, 61.

(23) "La lucha interior que llevo hace diez años, y que se ha concluido hace solamente unos meses", escribe en su diario el 15 de Noviembre de 1886. (*Choses passées*, p. 22). "Yo he sufrido atrozmente en la Iglesia, casi desde el día de mi entrada en el seminario mayor, en octubre de 1874, hasta el día de mi liberación definitiva en 1908". Carta de 22 de Nov. de 1930 a M. Lenert (*Mémoires*, III, 540).

(24) *Mémoires*, I, 44.

en mi humilde celda, pasé revista a todos los argumentos que conocía de la demostración cristiana. Siempre, a medida que los estrujaba más y más, parecían escurrirseme. . .”⁽²⁵⁾ Sea lo que fuere de la objetividad y extensión de este prematuro incendio en la fe del seminarista, algo debió de vislumbrar Ludot, el orador de su primera Misa, al atreverse a ensombrecer públicamente el optimismo de aquel día con “futuras dificultades” en su ministerio que el misacantano “vencería con la dulzura y fuerza que eran el fondo de mi carácter”.⁽²⁶⁾

Por el contrario, los dos años escasos de ministerio parroquial en dos pueblecitos transcurren tranquilos. El joven sacerdote se fortalece un poco, pero no se entusiasma con el ejercicio pastoral. Durante su breve estancia en París, el único profesor que le había parecido aceptable, Duchesne, había reconocido en él, antes que el propio Loisy, que “su vocación era de doctor”.⁽²⁷⁾ Gracias a sus instancias llega el joven párroco al Instituto Católico de París el 12 de Mayo, de 1881. El Instituto Católico, de cuya primera visita no guarda demasiado buen recuerdo, era el escalón necesario para su ideal científico y el brillo de los grados académicos; él lo convertiría en su primera etapa hacia el desierto.

* * *

“Las suertes estaban ya echadas en 1886”.

Inquietud y desorientación nublaban el panorama científico de la iglesia en aquellos años. Los nuevos descubrimientos filológicos, Egiptología (1822) y Asiriología (1857), a los que siguieron los arqueológicos en Egipto, Fenicia y Palestina, a la vez que resucitaban culturas milenarias y conquistaban los misterios orientales, parecían cernerse amenazantes sobre las páginas bíblicas, acosadas ya por la frialdad de la crítica textual, literaria e histórica del racionalismo. Los conceptos de inspiración y revelación no eran precisos.⁽²⁸⁾ La crisis modernista se produciría tan pronto como en esta adaptación necesaria de la fe tradicional a los datos de la crítica histórica aquella fuera sacrificada injustamente.⁽²⁹⁾

Un sector del campo católico —por aquellos años aparecían las obras de Augusto Rohling,⁽³⁰⁾ Lenormant,⁽³¹⁾ W. Clifford,⁽³²⁾ y poco después las del Cardenal Newman,⁽³³⁾ Salvador di Bartolo,⁽³⁴⁾ Julio Didio⁽³⁵⁾ ante lo imprevisto e impetuoso del ataque y para evitar un desmoronamiento total

(25) *Choses passées*, p. 45.

(26) *Mémoires*, I, 79.

(27) *Mémoires*, I, 134.

(28) Cfr. LEVIE, S. J., *La crise de l'Ancient Testament. Soixante années d'études bibliques*: Nouvelle Revue Theologie, 55 (1927) 818-834, art. resumido por el P. V. LARRAÑAGA, *La crisis bíblica en el campo católico a fines del siglo XIX*; Estudios Ecl., 11 (1932) 433-436.

(29) RIVIERE, *Le modernisme dans l'Eglise: Etude d'histoire religieuse contemporaine* (París, 1929) p. 42.

(30) *Die Inspiration der Bibel und ihre Bedeutung für die freie Forschung: Natur und Offenbarung*, 18 (1872) 97-108.

(31) *Les origines de l'histoire d'après la Bible et les traditions des peuples orientaux*, París, 2 vol. (1880-1884).

(32) *The Days of the week, and the works of Creation*: The Dublin Review, ser. 3, vol. 5 (1881) 311-332.

(33) *On the Inspiration of Scripture*: The Nineteenth Century, 84 (1884) 186-199.

(34) *Criteri teologici*, Torino, 1888.

(35) *La logique surnaturelle subjective*, París 1891.

de las posiciones escriturísticas católicas, replegó el frente de la inspiración hasta las materias estrictamente de fe y de costumbres. Todo lo demás quedaba a merced de la crítica.⁽³⁶⁾

Pecando también, pero por defecto, en Francia, sea por ignorancia sea por una actitud de pretendida ortodoxia, la mayoría de los exégetas siguen la marcha excesivamente lenta de los "arrierés".⁽³⁷⁾

Todo el problema dependía, pues, de la solución entre las aparentes antimomias: razón y fe; ciencia y revelación.⁽³⁸⁾

En este frente cae Loisy, el cura de aldea, con una formación defectuosa, pero con grandes esperanzas científicas por la rapidez de su inteligencia y la constancia en el trabajo.

En estos cinco años cursa el dogma con el P. Jovene, hebreo con Paul Martin, historia eclesiástica con Duchesne, 3 cursos de hebreo con Renán en el College de France, 4 cursos de asiorología con Amiaud, uno de egip-tología con Gréban y dos de lengua etíope con Haléry en l'Ecole des Hantes Etudes.⁽³⁹⁾ El balance científico oficial de tanto trabajo, es la licenciatura en teología, el fracaso de las dos tesis para el doctorado (*De Divina Schipturarum Inspiratione y De Psalmis*), y la tesis, inédita también (*Los Anales de Sargon*) para obtener el título de l'Ecole des Hantes Etudes.⁽⁴⁰⁾

Estos mismos resultados visibles demuestran que algo ha sucedido a Loisy.

En aquella batalla: razón, fe; ciencia, revelación, no podía permanecer mucho tiempo simple espectador.

Hay un momento en que pretende sentirse igualmente atraído por las dos fuerzas, ya mal entendidas. "Línea de conducta, dice en sus apuntes. De un lado, la rutina inclinándose por la tradición; del otro la novedad, inclinándose hacia la verdad... Estos dos espíritus están en lucha sobre el terreno bíblico y yo me pregunto si hay alguno sobre la tierra capaz de mantenerse en el justo medio entre la fe y la ciencia. Ese sería mi maestro" (8 de Marzo 1882).⁽⁴¹⁾

No lo eran desde luego, ni el profesor de dogma, ni el de Escritura. El entonces jesuita P. Jovene, un napolitano exuberante, plenamente "con-fiado en sí mismo y en su teología",⁽⁴²⁾ "iluminado de la escolástica" en frase de Duchesne, ahogaba a sus "ornatísimos auditores" en sonorisí-mos párrafos latinos sobre la Vita Deiformi, pronunciados a la italiana y "más cargados de palabras que de ideas".⁽⁴³⁾ Paul Martin, "bestia de carga del siríaco", según su colega Duchesne, iluminaba las conclusiones tradicio-nales con más claridad de la que le prestaban los argumentos.⁽⁴⁴⁾

(36) Cfr. LARRAÑAGA, La crisis bíblica...: Est. Eccles. 11 (1932) 439.

(37) J. BONSIRVEN, Loisy, Dictionnaire de la Bible, Supplement, Fasc. XXVI, c. 532.

(38) Una exposición detallada y documentada de la génesis del modernismo véase en RIVIERE, o. c., p. 86 y 33.

(39) Mémoires, I, 117.

(40) Mémoires, I, 133.

(41) Mémoires, I, 102.

(42) Mémoires, I, 74.

(43) Mémoires, I, 74.

(44) Mémoires, I, 93-94.

Loisy sostiene que su verdadero maestro fué un *Nuevo Testamento de Tischendorf*, regalo de Duchesne en las vacaciones de su primer año. "Comparé entre sí las narraciones evangélicas y quedé admirado, a medida que avanzaba, de no haber notado antes sus contradicciones. Ví muy claro, como lo ve todo el que no se empeña en cerrar los ojos, que estos libros debían ser interpretados tan libremente como habían sido compuestos".⁽⁴⁵⁾

Aquella chispa es pronto un incendio y a los pocos años (1884) puede expresar así, lacónicamente, la catástrofe: "transformación de todas mis ideas religiosas y un porvenir incierto ante mí".⁽⁴⁶⁾

Y aunque en los apuntes de estos años falta la última etapa de su evolución intelectual, la que todavía duda si la escribirá algún día, "todos ellos no son más que un apocalipsis inacabado".⁽⁴⁷⁾

Tal vez ahora podamos tratar de descubrir el camino que ha conducido al joven sacerdote, desde sus afanes apologistas,⁽⁴⁸⁾ a la negación completa de la fe. Sólo Dios conoce cada uno de los pasos, con la medida exacta de su responsabilidad. A El dejamos la tarea de juzgarlos.

Desde el principio podemos decir que el camino es mucho más complejo de lo que el mismo Loisy asegura.

"La Biblia fué la causa primera y principal de mi evolución intelectual; terminé por ser crítico por la sencilla razón de haberla leído".⁽⁴⁹⁾

Esta afirmación, varias veces repetida,⁽⁵⁰⁾ no es tan maciza como rotunda. No parece se pueden compaginar sus afirmaciones sobre el comienzo de su crisis en los primeros años de seminario y el primer hallazgo de las contradicciones bíblicas seis o siete años más tarde.⁽⁵¹⁾

Quizá pudiéramos aventurar una orientación psicológico-temperamental como arranque inconsciente si se quiere, pero no despreciable, de su apostasía. En la época de seminario "no sospechaba los desastres sufridos por nuestra apologética; creía que la vieja teoría de la inspiración podía defenderse aún y que los ataques racionalistas a la Escritura carecían de buena fe o al menos de pruebas suficientes".⁽⁵²⁾ Todas sus indecisiones por las órdenes, la trágica noche antes del subdiaconado, parecen indicar esas "tentaciones" corrientes contra la fe en la crisis de la pubertad. Su temperamento tímido, nervioso, crítico y mordaz podía ser un buen aliado del demonio. Y entre las dos teorías opuestas sobre la extensión de la inspiración y, por consiguiente, sobre los errores de la Biblia, su mismo temperamento le llevaba a abrazar la doctrina más laxa, la que supusiera lo menos posible de elemento sobrenatural. Desde el primer momento una

(45) *Choses passées*, p. 56-57.

(46) *Mémoires*, I, 48.

(47) *Mémoires*, I, 148.

(48) *Mémoires*, I, 135.

(49) *Mémoires*, I, 139.

(50) *Mémoires*, I, 154. En la entrevista con el Cardenal Richard que achaca sus errores a lecturas alemanas, confiesa no haberse "decidido a hacerle ver que sus opiniones provenían sobre todo de haber leído la Biblia (*Mémoires*, I, 277); Cfr. *Simplex reflexions*, pp. 204-205.

(51) *M. Loisy et le modernisme*, pp. 168-170.

(52) *Mémoires*, I, 135.

corriente de simpatía le unió a Ludot, precisamente por sus amplitudes doctrinales, y cuando en su primer sobresalto ingenuo ante la pasión de los seminaristas, confiesa sencillamente no entender nada de aquellas disputas entre ultramontanos y liberales, añade: “Espontáneamente y como por instinto yo estaba del lado de los liberales... entre los que me encontraba sin quererlo”.⁽⁵³⁾

A esta predisposición natural, agravada por sus luchas internas, las discordancias descubiertas en los sinópticos y aún el cambio significativo en su oración diaria,⁽⁵⁴⁾ hay que añadir, quizá como causa principal, la deficiencia de sus conocimientos filosóficos y dogmáticos. Las encíclicas “Providentissimus” y “Pascendi” señalan este mismo error como origen del modernismo.⁽⁵⁵⁾ Ciertamente Loisy se revuelve contra la afirmación pontificia.⁽⁵⁶⁾ Pero es más convincente leer las páginas de su diario en estos años. Ni una alusión a sus dudas críticas. En cambio él mismo se sorprende al observar el relieve que en ellas tiene “el valor relativo de las teorías generales de la teología y de la ciencia, cualidad que las hace siempre imperfectas y siempre perfectibles...”⁽⁵⁷⁾ “Esta idea fué el resultado de una fermentación interior, no el fruto de una reflexión que tiende conscientemente a construir un sistema... brilló de golpe en mi espíritu en medio de una noche en que dormía mal, por los primeros meses de 1883. Piense el que quiera en una sugestión diabólica”.⁽⁵⁸⁾ No es necesario. Pero conviene caer en la cuenta de cuántos fenómenos extraordinarios —voz del cielo que le llama a la orden dominicana, lucha en vísperas del subdiaconado, irrupción de la teoría relativista del conocimiento— pasan por esta alma excesivamente sugestionable.

De tal manera se apodera de él esta idea que la hace el centro de su trabajo doctoral de aquellos años. Y la tesis *De Divina Scripturarum inspiratione*, encalla en la censura. “¿Qué había pues, de temerario en mi latín? Una idea simplicísima... de la que se deducía una conclusión eminentemente católica, bajo el punto de vista de un catolicismo ideal, destructivo sin embargo del catolicismo real, escolástico y romano”,⁽⁵⁹⁾ “la idea de la verdad relativa aún para el contenido de la Biblia”,⁽⁶⁰⁾ que ya le atormentara la víspera de su ordenación.

Esta llama haría arder todo el edificio religioso de Loisy. Los derechos absolutos de la Iglesia se desvanecen “pues se basan en fórmulas que no tienen hoy más valor que las monedas de Enrique IV, o mejor del buen San Luis”.⁽⁶¹⁾

Al contemplar ahora la facilidad con que Loisy se entrega a una intuición tan descabellada, no nos aventuramos a atribuir su apostasía a or-

(53) *Mémoires*, I, 45. ¿Serán estas palabras reflexiones posteriores?

(54) Se ha convertido en reflexiones sobre “el tratado presente de la Iglesia y de la Sociedad, sus males y sus remedios”. *Mémoires*, I, 119).

(55) *Acta Sanctae Sedis*, 26 (1893) 283-4; 40 (1907) 607-609 y 621-3. Cfr. *Enchiridion Biblicum* 100; 259-261; 267-270.

(56) *Simplex réflexions*, pp. 143, 144.

(57) *Mémoires*, I, 126.

(58) *Choses passées*, p. 73.

(59) *Choses passées*, p. 71.

(60) *Mémoires*, I, 131.

(61) *Mémoires*, I, 119. Con un proceso, largo de detallar, llega hasta quemar la idea de un Dios personal: “No hay más que una substancia eterna; la he llamado materia, lo mismo la hubiere podido llamar espíritu; no es ni lo uno ni lo otro, es el ser sin principio ni fin... que determinándose de tal manera o tal otra, manifestándose bajo tal o cual forma... llega a ser todo lo que ha sido, todo lo que es, todo lo que será. El solo es todo y el resto es nada”. (Diario del verano de 1883, *Mémoires*, I, 124).

gullo, la opinión ortodoxa según él,⁽⁶²⁾ pero no podemos menos de tachar de petulancia aquel revolverse, con un año de filosofía contra la férrea lógica de Sto. Tomás y aquel enfrentarse con todos los argumentos del catolicismo y demolerlos en una noche de vigilia.

La paternidad exclusiva de sus ideas que Loisy, tan celoso de su independencia científica, defiende con insistencia, es otro punto discutible. Ningún heterodoxo ha intervenido, según él, en su apostasía. Sin embargo, tres años escuchando a Renán suponen un gran peligro de envenenamiento, aunque asista a sus clases amparado tras el consejo del confesor,⁽⁶³⁾ de todas las cautelas imaginables, y con el antibiótico de “vencerle un día con sus propias armas”.⁽⁶⁴⁾

Y Loisy se envenenó. Renán que era para él —¡signo de los tiempos!— el mejor crítico textual en hebreo y el más versado en la epigrafía semítica, además de ser su iniciador en la crítica del Antiguo Testamento, “hablaba con frecuencia de otra cosa y eso era sobre todo lo que se podía aprender de él”.⁽⁶⁵⁾ Tanto ha aprendido que en las páginas de su diario organiza una disputa con la Iglesia, a la que un joven moderno acosa con todos los argumentos del autor de la *Vida de Jesús*. El mismo Loisy reconoce que aquel muchacho “ha leído algo de Renán, aunque no mucho”.⁽⁶⁶⁾ Hay más. La fracasada tesis para el doctorado “había sido preparada en cierta manera, asegura él mismo, en el curso de Renán. Creo poder decir que su curso me ha ayudado mucho más que sus libros”.⁽⁶⁷⁾

Ni siquiera la argumentación con que rechaza como absurda la teoría de Grandmaison sobre la influencia del racionalismo alemán de Reus, Wellhausen, Winekler, Gunkel, Holtzmann, Jülicher, J. Weiss y Reitzenstein es eficaz. La fecha en que las suertes quedaron ya echadas, anterior a la lectura de tales autores, excluiría nada más el influjo directo. La posibilidad de recurso “al descubrimiento de las contradicciones radicales en los Evangelios, independiente de todo contacto racionalista”⁽⁶⁸⁾ depende de la objetividad de nuestro anterior análisis.



(62) Cfr. BONSIRVEN, o. c., c. 533. “El sentido religioso y la conciencia moral han hecho a los dioses y a Dios, pero con el concurso de la razón... Los dioses y Dios no han sido jamás más que el ideal humano proyectado en el límite de lo real, donde comienza el infinito”. (*Mémoires*, I, 471). En plena bancarrota niega también la inmortalidad del alma: “La vida de un hombre es un fenómeno como la vida de una planta. Decir que un hombre es inmortal, quiere decir que este fenómeno dura aún después de haber dejado de existir. Imposibilidad completa”. (*Mémoires*, II, 401).

(63) *Mémoires*, I, 117.

(64) *Choses passées*, p. 66.

(65) *Choses passées*, p. 65.

(66) *Mémoires*, I, 180.

(67) *Mémoires*, I, 118.

(68) *Mémoires*, I, 154.